



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12868

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—U: mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

SABADO 26 DE SEPTIEMBRE DE 1903

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Daumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Todos disgustados

De tal modo ha quedado la situación, después de la retirada del señor Silvela, que cuando parecía ser un ministerio de abrigo, desmintiendo la frase «ministerio de alpaca» con que fué saludada su elevación al poder, vuelve á ser calificado con la frase mencionada.

El efecto ha sido desastroso. A estas horas, pese á las manifestaciones de Silvela de ayudar á Villaverde y pese también a las hechas por el señor Maura de obrar en idéntico sentido, la desconfianza se ha apoderado de todos, hasta el punto de que ya ha sonado la frase con que se inquietan los ánimos y se reduce á los rebeldes; ya se habla del decreto de disolución de Cortes, afirmandose que el presidente del Consejo lo llevará a la firma el domingo.

El señor Villaverde lo niega; pero sus adeptos lo afirman, al par que lanzan acusaciones contra el promovedor del conflicto.

¿Quién es éste? ¿A quién es imputable la culpa de este laberinto en que se encuentra el partido conservador; al expresidente del partido ó al presidente del Gobierno?

De las explicaciones que el primero dió al «Heráldo de Madrid» se deduce que es Villaverde el responsable. Su retirada del gobierno inmediatamente que se habló de barcos y su intempestivo programa mezclado con el discurso de gracias al ser elegido presidente del Congreso, determinaron á su jefe á realizar lo que ha hecho. Pero ¿es que no conocía Silvela esa actitud de Villaverde?

La conocía desde hace tiempo. El marqués de Pozo Rubio no era un hombre desconocido. Su gestión en el gobierno como ministro de Hacienda, sólo tuvo un objetivo. En ella se reveló como un carácter difícil de dominar y constatale al expresidente de la Unión Conservadora que le costó mucho trabajo y disgustos allanar las dificultades que le oponían las oposiciones disgustadas por lo que consideraban crueldades de los proyectos económicos.

Dado el carácter y dado el objetivo del señor Villaverde, que no es otro que el de nivelar el presupuesto, parecía natural que al confiarle la cartera nuevamente, hubieran precedido las explicaciones necesarias respecto a compromisos adquiridos de antemano; pero si no se hizo así, si se constituyó el Gobierno en la esperanza de ir salvando las dificultades según se fueran presentando, el señor Villaverde será algo responsable de la situación en que se encuentra el mismo, pero una responsabilidad igual loca al jefe máximo que confió al acaso cuestiones importantes que debieron ser resueltas antes de tomar las riendas del poder o antes de asociar a su gestión al marqués de Pozo-Rubio.

¿Constituye eso una torpeza? ¿Es exceso de confianza? Lo que sea ha sido malo y la consecuencia de ello es que ahora que hay dos ministros que trabajan en beneficio del país y a gusto de éste, corren peligro de caer interrumpiendo su saludable labor.

Por una serie de circunstancias a que el país es ageno, se encuentra en trance de muerte este gobierno de alpaca que se iba poniendo en condiciones de disfrutar

larga vida; lo amenazan — aunque digan otra cosa — todos los jefes de grupo. Lo mismo decimos de Silvela: retirarse en vísperas de unas elecciones y cuando se le hace dura guerra al candidato del gobierno para la presidencia de la Cámara, es un acto de oposición aunque parezca otra cosa.

Las disputas empeñados entre los distintos matifes de la Unión Conservadora; las acusaciones lanzadas desde el campo silvelista al que ocupan los devotos de Villaverde y la defensa que estos últimos realizan en favor de su patrono, dicen bien que cada jefe y cada grupo ha tomado posiciones con propósitos no pacíficos.

Dato, Azcárraga y Pidal, ayudarán — como ellos dicen — lo que puedan.

¿Pero a qué? ¿A apuntalar el edificio ó á quitarle los puntales para que sea más estrepitosa la caída?

## DESDE MADRID

Sr. Director.

Muy señor mío: Sigue el escandaloso asunto del millón preocupando y exaltando los ánimos de los madrileños.

En todas partes es muy comentada la célebre estafa, los periódicos diarios conceden la gran importancia y la debaten con mucho calor; los aficionados á espectáculos fuertes apuran lo que para ellos constituye el exquisito placer de la murmuración, y charlan incesantemente sobre lo mismo, visitando á los personajes de esta danza de hampones con el ropaje de lo misterioso. El folletín es cosa que entusiasma á los españoles, y allí donde surgen melodramáticas escenas, se recrean extasiados, y donde el drama se dibuja, escriben la tragedia, sin escarmentarles el que por lo regular todos estos melodramas degeneran en sainetes.

En concreto nada sabemos aún del enojoso asunto y hemos de contentarnos con el espectáculo que nos ofrecen policías y ladrones que alborotan, se agitan y riñen entre sí, arrojándose á puñados la basura á la cara.

Necesitamos constantemente algo donde dirigir nuestras burlas ó que despierte nuestra admiración, alguien en quien sacar la parte de mala intención que tenemos todos ó á quien levantar estatuas, quemando á la par el pernicioso incienso de las adulaciones, «nota palpitante» que distraiga nuestros ojos, el «plato del día» que convide á murmurar.

Es igual para nuestro pueblo que la suerte caprichosa y loca haga célebres á un héroe, á un saltador de caminos, á un artista, á un estafador, á un misántropo ó á un asesino vulgar que secciona el cuello de su novia; es lo mismo, con tal de que alguna figura, grande ó chica, noble ó repugnante, se eleve sobre las demás con carácter de celebridad más ó menos triste.

Atortunadamente quedan aún, y viven entre nosotros, quienes habiendo formado de la vida su lógico concepto, trabajan fructivamente y contribuyen á que la industria española figure hoy al lado de las más adelantadas del extranjero.

El frío ha caído sobre Madrid sin previo aviso, acarreando serias preocupaciones para muchos que dispusieron de sus capas en los días de gran calor y gran apetito, y que hoy miran horrorizados el termómetro mientras golpean desesperadamente los bolsillos vacíos de sus chalecos.

También á muchas jovencitas enamoradas se les marcharon sus apasionadísimos novios con el buen tiempo y hoy suspiran contemplando el cielo plomizo, y al recordar las noches de luna, plácidas, calladas y serenas que pasaron por Recoletos en compañía del ingrato galán, torpán á suspirar lánguidamente y murmurar lacias y ojerosas, con el inmortal poeta, aquello que principia

¡Oh recuerdos y encantos y alegrías de los pasados días!...

Y aguardan resignadas la llegada del futuro verano, en el que, seguramente, otro apasionado suspirará de amores cerca de

ellas y encenderá en su dolorido pecho pasión volcánica, y en sus almas, amargadas por las hieles del desengaño, la dulzura de un amor nuevo.

Los infelices temporetos de Hacienda andan por ahí que alligo verlos. Bajo sus hongos grañentos y descoloridos se agitan tristes pensamientos y melancólicas ideas, y bajo sus trajecillos remeudados tiemblan sus cuerpos de frío y de miedo al porvenir.

No saben, en definitiva, si se marcharán ó continuarán en su destino desde primero de Enero próximo; visitan á un protector tres ó cuatro veces al día para encarecerle que hable al Ministro; sonrían tristemente al criado que les abre la puerta, y si «el protector» no les recibe, dejan una nota escrita con lápiz y se van esperanzados á sus casas, donde las conyuges y las niñas, si las hay, ofrecen devotas una libra de cera á la Virgen de los Desamparados, si el cabeza de familia no es declarado cesante.

Los teatros se han abierto casi todos con muy apreciables compañías, y es de presumir que la temporada teatral que empieza sea de un gran resultado positivo.

Los autores preparan sus obras, los cómicos sus buenos deseos, los empresarios su negocio, que Dios haga espléndido, y yo corte esta información, que se va haciendo larga, y quedo de usted atento seguro servidor, q. b. s. m.

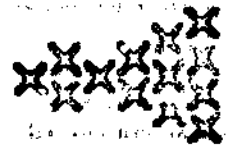
García-Fernández.

## PERSONALIDADES LITERARIAS

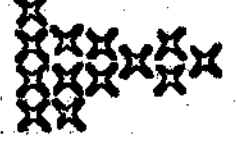
Melchor de Palau

Entre los libros últimamente publicados merece especialísima mención uno titulado «Voces para escuelas», original del conocido poeta D. Melchor de Palau, que no es sólo el inspirado autor de los «Cantares», que tanta popularidad le han dado en España, sino el escritor ilustre que con sus «Voces para escuelas» se ha colocado, por derecho propio, en la primera fila del Parnaso español.

Murcheando con su tiempo, Palau no es únicamente un poeta de exquisita forma,



# Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C. A



DOS MISERIAS

143

—Adios, Luis, que no te olvides de nosotros, Ambos saludaron y salieron.  
Pocas horas antes de esta visita, en el instante en que yo iba á subir al carruaje, un tilbury se detuvo en mi puerta, y Fgel, á quien yo creí ausente de París, saltó al portal.  
—¿Tan pronto de vuelta? — exclamé asombrado.  
Es preciso que hable, —dijo cogiéndome del brazo y dirigiéndome de nuevo á la escalera.  
Sorprendíome su aire estroviado y subimos rápidamente á mi cuarto cuyo pasillo cerró al entrar.  
—¿Que tenéis? — le pregunté inquieto.  
—¿Dónde están los últimos billetes que te he dado?  
—Aquí, —dijo señalando á la cajita.  
—¿No has puesto ninguno en circulación?  
—No.  
—¿Todos están en la caja?  
—Todos.  
—¡Dios sea loado! —dijo volcando el cofrecillo.  
—¡Pronto, enciende fuego, hay que quemarlos e is guarda!  
—Pero, ¿que ocurre?  
—Que el banco ha reconocido el fraude y se están haciendo averiguaciones...  
—¡Gran Dios!  
—Por fortuna me han avisado con tiempo.  
—Pero ¿y los billetes emitidos?

142 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

mos entonces de que no nos habia acompañado.  
—Y bien, ¿dónde se ha quedado ese truhan? ¡Minart, Minart, vamos! — exclamó Catalina.  
—Ya estoy aquí, —dijo el aldeano acudiendo azorado.  
—¿Dónde te has quedado?  
—¿Yo...? — balbuceó — Yo... mirando los cuadros.  
—Buena, buena, — interrumpió mi tío bruscamente: — pero no somos niños para perder el tiempo con mirar santos. Tenemos que ir á casa del comprador.  
— En la calle de Montorgull.  
—Y al paso entraremos en San Eustaquio.  
—¿Para que?  
—Miróle severamente Catalina, y dijo.  
—¿No es hoy domingo?  
—¡Ah!  
—Hemos de oír misa.  
—Cierro, cierto, —dijo con aire equívoco; — iremos á misa.  
—¡Espero que no me hareis pagar! Soy cristiana vieja, y en mi casa ha de hablar la religión, y los que no quieran tenerla, con no participar de mis rentas...  
—Vamos, vamos, no te enfades, —dijo mi tío: no trato de contrariarte.  
—Entonces, partamos.  
—Cuando quieras.  
—Hasta la vista, sobrino.

DOS MISERIAS

139

—Será preciso, mi pobre Luis. Ya vez hemos vendido nuestra casa de Viroflay.  
—¡Hola! ¿Y en cuánto?  
—Solo en nueve mil francos.  
—Creo que no os había costado mas que cuatro.  
—¡Pero yo podía doce! Ya ves, otros tres mil francos perdidos por ese lado. En fin, la vida es un continuado sacrificio; pero no había en que escoger! Tu tia quería á todo trance partir para Montargis.  
—Y haceis ahora lo que quiere mi tia Catalina, —dijo sonriendo.  
—Mi tío me hizo una seña de inteligencia.  
—¡Ya ves, la herencia es de ella! —dijo.  
—¿De ella no más?  
—No más. El testamento nos lega los bienes con condición de que deje el goce de ellos por completo á Catalina. Eso no debía permitirse, pero ¿que queres? La herencia es suya y no hay más que tenerla considerada. Dentro de poco tendrás el gusto de verla: ha quedado en que vendrá á qui á reunirse con migo y creo que ya la oigo.  
En efecto, á poco la puerta se abrió para dejar entrar á mi tia Catalina, y á primera vista quedé sorprendido del cambio operado en ella: su andar era más firme, su talle mas erguido, su frente mas despejada... Habia perdido aquel aire sombrío y era un que me había alzado siempre de ella: miraba ya de